

bónica, más tarde en el franquismo y hoy con la UCD, como se aprecia claramente en el batallón tema de la enseñanza, donde el privilegio católico-burgués se quiere erigir en paradigma de la libertad.

Termina la obra con una exposición de lo que sea la Iglesia popular y, en particular, la Iglesia andaluza.

Un libro que deben leer todos para refrescar el recuerdo de las vacilantes luchas de la Iglesia, unas veces inclinada a la más estrecha conservación y otras queriendo despegarse —por parte y gracia de un puñado de valientes creyentes como Tamayo— de las ataduras de la derecha. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

Grass o la alegría de narrar

Günter Grass es, sin lugar a dudas, un fabulador nato. Fabular —valga la palabra, aunque no exista todavía para nuestro diccionario— es lo que hacía Grass, sobre todas las cosas, en su extraordinario "Tambor de hojalata", que, por cierto, ha sido llevado recientemente al cine por Völker Schlöndorff. Fabular es lo que vuelve a hacer con mano maestra en "El Rodaballo", esa obra épica que condensa cuatro mil años de historia de la Humanidad con el arte culinario como leitmotiv, y cuya versión castellana, de Miguel Sáenz, traductor también de "El tambor...", aparecerá en Alfabeta el año próximo (1).

Ahora, el autor de "El gato y el ratón" es otra vez noticia en Alemania por su último libro, "El encuentro de Telgte" ("Das Treffen in Telgte"), que quiere ser un homenaje al famoso "grupo 47", aquella especie de club literario que fundara el escritor socialista Hans Werner Richter en 1947 —de ahí su denominación— y al que Grass, como tantos otros autores de la posguerra alemana, deben su bautismo literario.

Grass sitúa el encuentro al que se refiere el título de su nuevo relato exactamente trescientos años atrás, en 1647, en las postrimerías de la guerra de los Treinta Años, la misma que dio fama a Wallenstein, el del célebre drama de Schiller. No se trata, sin embargo, como podría pa-



Günter Grass.

recer a primera vista, de una reconstrucción histórica, sino, como ha señalado un crítico, de "una fantasmagoría de posibles paralelismos históricos, una fábula de oportunidades perdidas: oportunidades a la vez literarias y nacionales".

En 1647, la que con el tiempo sería Alemania estaba asolada por un cúmulo de luchas dinásticas y religiosas, de feroces rivalidades entre príncipes y representantes de Estados territoriales. Trescientos años después, en 1947, hundido el Tercer Reich, Alemania está material y espiritualmente arruinada, prácticamente dividida, y humillada además por la ocupación a que la tienen sometida las potencias vencedoras.

Surge entonces el "grupo 47", que, sobre las cenizas de la guerra, intentará reorganizar la vida cultural de un país incapaz de encontrarse a sí mismo. Y será ese grupo el que, en años sucesivos, dé a conocer a los más importantes valores de la narrativa y la lírica de la RFA: Heinrich Böll, Günter Eich, Peter Weiss, Ingeborg Bachmann, Enzensberger y, como se dijo antes, el propio Günter Grass, quien daría a leer el grupo, en 1958, el manuscrito de su "Tambor..."

"El encuentro de Telgte", tal y como lo presenta Grass, no tuvo nunca lugar. La mayoría de los personajes a los que el autor reúne, bajo la sombra tutelar del poeta Martin Opitz, en esa pequeña localidad para que discutan de la unidad de la lengua y la literatura como primer paso, aunque decisivo, hacia la unificación de la patria dividida, son,

sin embargo, totalmente reales. Simon Dach, Hoffmannswaldau, Andreas Gryphius y Paul Gerhardt, por no citar más que a algunos, son los pioneros de la poesía barroca en lengua alemana. Y Grimmelshausen, con el que sin duda ha querido identificarse el propio Grass, es el autor de esa gran novela picaresca de la guerra de los Treinta Años titulada: "Vida del aventurero Simplicius Simplicissimus". Por cierto que los críticos han destacado unánimemente el conocimiento que demuestra tener el autor del barroco literario alemán y que muchos germanistas envidiarían.

Pero el grupo reunido por Grass no se limita a debatir cuestiones literarias durante su estancia en Telgte, sino que sus miembros, al fin y al cabo hombres como los demás, siguen la consigna renacentista —que no barroca— del "carpe diem" y alternan sabiamente sus conversaciones culturales con copiosos festines y nocturnas cópulas con fámulas y posaderas.

Con "El encuentro de Telgte", Grass demuestra una vez más que se puede hacer una obra de indudable fondo político, en el sentido más pleno del vocablo, y que sea al mismo tiempo, y sobre todo, un poderoso antídoto contra el aburrimiento. ■ JOAQUIN RABAGO.

Una novela sin piedad

El propio Gabriel Plaza —en el texto de la contraportada de su novela Crónica y milagros de Oscar Ferreiro, Caudillo— reconoce que esta su primera obra literaria publicada "es, ante todo, un desahogo apasionado". Y, en efecto, la novela de este joven periodista, editada por Plaza-Janés (sin que la coincidencia de apellidos, en este caso, tenga nada que ver con relaciones de parentesco), es como el resultado de abrir la compuerta de las inhibiciones y dar salida a toda la podredumbre que su generación ha ido acumulando en silencio a lo largo de toda su vida, hasta aquella madrugada famosa en que culminó aquella no menos famosa y prolongada agonía.

La figura del tirano tiene una especial fascinación literaria. No es extraño, por ello, que cada época y cada generación la recree, en un ejercicio casi exorcizador, en un vano intento de po-

ner punto final a una especie que, desgraciadamente, no parece extinguirse.

Lo de Gabriel Plaza es absolutamente visceral. Sitúa a "su" tirano en un país imaginario, con cierto sabor sudamericano, lo que no le impide salpicar su relato de abundantes referencias sarcásticas a situaciones más familiares, que tienen su apoteosis final y alucinante en lo que es quizá el pasaje más logrado de la novela: la descripción minuciosa y casi morbosa de la lenta agonía del tirano al que atormentan, moral y físicamente, toda una legión de fantasmas de fusilados, torturados, encarcelados y exiliados. Toda la novela es un mosaico, entre el esperpento y el sarcasmo, en que se mezclan estilos literarios —quizá no sea ajeno a ello la experiencia como crítico literario del autor— y descripciones, entre periodísticas y apasionadas, de la fauna que se mueve en torno a un tirano, con el telón de fondo de la miseria social sobre la que se asienta. Y todo ello saltado a borbotones, sin restricciones mentales, sin resquicios a la justificación, sin perdón para los culpables. Desde el barroquismo latinoamericano a la crónica periodística, desde el lenguaje coloquial al clasicismo naturalista, el verdadero hilo conductor que da coherencia a la novela es el desahogo sin piedad.

Quizá la característica más destacada de esta novela, con respecto a otras novelas de tiranos, sea el especial relieve que se concede, dentro de la trama dictatorial, a la opresión ideológica de una religión que aparece

Gabriel Plaza.



(1) Ver entrevista con Grass en TRIUNFO, número 802.